

Samuel Gili Gaya

AGUDEZA, MODISMOS Y LUGARES COMUNES

*Todo gran ingenio es ambidextro,
discurre a dos virtudes* (GRACIAN, *Agudeza*, disc. XVI).

MI constante manejo de materiales lexicográficos me ha sugerido a menudo ciertas cuestiones generales sobre el sentido y la orientación de mi trabajo, entre ellas la pregunta inquietante de si cuanto hago tiene algún valor científico, o si no pasa de ser una mera actividad de coleccionista. Porque es el caso que la Semántica no ha rebasado todavía la etapa de inventariar hechos lingüísticos y tantear clasificaciones. Desde que Michel Bréal le puso nombre y escribió el primer libro dedicado a ella, no hacemos más que dar vueltas a los procesos de ampliación y restricción de significados, al valor de las metáforas, a la irradiación o encadenamiento de acepciones; y amontonados ejemplos y más ejemplos en masas cada vez mayores. A pesar de las investigaciones lógicas de Husserl, de la teoría del signo lingüístico de Saussure y sus derivaciones en las escuelas de Praga y Copenhague; aun después de los estudios de Bally, de Vossler y de Ullmann, tengo la impresión de que la Semántica se halla en una fase precientífica; algo así como la Botánica antes de que se empezase a conocer la Fisiología vegetal. No podemos hablar de leyes semánticas como hablamos de leyes fonéticas. La Etimología es ya un conocimiento científico en su vertiente fonética; pero no lo es en cuanto a los cambios de significado. Y los modismos —de que voy a tratar en primer término— son auténticos semantemas.

Durante el curso de 1948-49, Don José Ortega y Gasset inició en Madrid el *Instituto de Humanidades*. Además de las espléndidas conferencias de su fundador y de otras personas, el nuevo Insti-

tuto estableció unos *coloquios* sobre distintas materias, en los cuales varios especialistas dialogaban en público acerca del tema propuesto, bajo la dirección del maestro. En aquel primer año de esta actividad fué llamado a participar en una serie de coloquios sobre los modismos, en unión de Julio Casares, Salvador Fernández Ramírez, Emilio García Gómez y otros filólogos.

El problema se nos planteaba en los siguientes términos aproximados: Si nos tomamos el trabajo de escuchar la conversación entre españoles de cualquier clase social y de anotar el constante empleo de las expresiones que conocemos con el nombre genérico de modismos o idiotismos, nos sorprenderá su extraordinaria frecuencia, muy superior a la que se observa en el uso efectivo de cualquier lengua moderna: hacer algo *de rositas*, *tener la sartén por el mango*, *tortas y pan pintado*, *andar a la greña*, *irse por los cerros de Ubeda*, *oler a chamusquina*, *cargar con el mochuelo*, etc., etc., dan carácter al habla coloquial española por su llamativa abundancia. Y no es que nuestro idioma tenga mayor número de modismos que el francés, italiano, inglés o alemán. Si se comparan los catálogos publicados de frases de este tipo, veremos que en todos ellos se cuentan por muchos miles. No se trata, pues, del número de modismos existentes en cada lengua, y que pueden emplearse, sino del uso que hacen de ellos los hablantes en la conversación real. Conviene, por lo tanto, determinar la función expresiva del modismo en la economía de la lengua hablada y del estilo literario, y qué actitud supone su empleo más o menos frecuente entre los colocutores que se valen de él.

Hago la salvedad de decir que las ideas que voy a exponer se componen de mi aportación personal a aquellos coloquios unida a algunos retoques y esclarecimientos que surgieron en la discusión. Don Julio Casares, en su *Introducción a la lexicografía moderna*, ha añadido puntos de vista importantes que en parte utilizaré también.

Tratemos primero de deslindar estos idiotismos de otras expresiones idiomáticas que conceptual e históricamente tienen con ellos fronteras borrosas. En primer lugar, un modismo es un sintagma, o en latín una *coordinatio*, o dicho con más sencillez, una *frase* o *locución*, un conjunto de palabras con significación unitaria. Toda frase es, según Saussure, un sintagma, es decir, una ordenación en el tiempo de sus elementos componentes; es una sucesión, no una simultaneidad. Distinto del sintagma es lo que llamamos, a falta de otro nombre mejor, *esquema sintáctico*. Por él entendemos el patrón o paradigma previo al cual se ajustan las frases y las oraciones dentro de una comunidad parlante. Por ejemplo, la fórmula *como si + subjuntivo* (*como si fuera médico*, *como si hubiese llegado*, etcétera) es un esquema previo al cual se ajustarán todas las cons-

trucciones de este tipo entre los que hablan español. Únicamente en el País Vasco y en el habla infantil se oye el *como si* seguido de indicativo (*como si es, como si era, como si había entrado*). Ahora bien, los modismos no son patrones o esquemas sintácticos, lo cual quiere decir que su valor no es estructural, sino semántico. Ya la etimología nos está diciendo que en los modismos no se trata de moldes generales, como los de la Gramática, sino de expresiones particulares, *ιδιωτ.*

Hasta aquí, cuanto vengo diciendo puede parecer perogrullesco, pero nos obliga a determinar si las locuciones conjuntivas y prepositivas son también modismos: *a fin de que, por consiguiente, sin embargo, por encima de, hasta de debajo de*, etc., son *ιδιωτ.*, peculiaridades; pero nadie las considera modismos. ¿Por qué? La respuesta parece fácil: porque tales expresiones son signos de relación, nexos, y no son portadoras de un contenido representativo, conceptual o afectivo. Su valor es estructural, y depende de los elementos relacionados por ellas. No pueden ser sujeto de una oración, ni predicado, ni complemento de uno u otro; es decir, no son elementos oracionales aislables. Y en cualquier repertorio de modismos podemos observar que las frases allí reunidas funcionan en cualquier oración como sustantivos, adjetivos, verbos o adverbios. Equivalen a palabras-núcleo, y no a palabras de mera relación.

Después de esta primera aproximación a nuestro objetivo, veamos cómo es por dentro el significado de los modismos, valiéndonos de algunos ejemplos. Cuando decimos *cerrar a piedra y lodo*, no se nos ocurre pensar en la *piedra* ni en el *lodo*, Manuel Machado dice que al llegar el Cid a Burgos: «Cerrado está el mesón a piedra y lodo», y claro es que en su imagen del cierre no entraron los componentes *piedra* ni *lodo*, sino que quiere sugerir un cierre completo, hermético, impuesto por el miedo a la prohibición del rey. De igual manera, en el modismo *irse el santo al cielo* no se trata de *santo* ni de *cielo*, sino de un olvido o de una rotura en el hilo del discurso. La reflexión puede traernos la imagen de un santo o numen protector, que al alejarse de nosotros nos deja mentalmente desamparados; pero este contenido no está en el uso espontáneo actual del modismo. La significación del modismo se ha independizado de los elementos léxicos que históricamente lo componen.

Llega esta despotenciación semántica hasta el extremo de alterar la forma de alguna palabra sin que sufra por ello el sentido total. En *no dejar raso ni velloso*, el vocablo *raso* no significa nada: es un consonante de *velloso*, que alteró el *raso* originario (*no dejar raso ni velloso*). Mejor podemos verlo todavía en los calcos de otras lenguas: la frase portuguesa *achar menos* equivale a *hallar menos*. Cuando fue trasplantada al castellano, fue imitado *achar* con el ver-

bo que más se le parecía, *echar*. De modo que el *echar menos* en los clásicos, *echar de menos* ahora, es históricamente un perfecto contrasentido, que en nada impide la plena vitalidad de nuestra frase actual.

En otros casos cuyo desarrollo histórico podemos abarcar, la frase idiomática se concentra en una palabra determinada, la cual, cargada así con toda la significación del modismo, se desprende del conjunto y echa a andar por sí sola con una acepción nueva. Nos da un ejemplo curioso *andar a caza de gangas*, La *ganga* es una gallinácea que, según contaba Covarrubias (1611), permanece inmóvil mientras el cazador la acecha y la apunta; pero cuando va a disparar contra ella, se levanta en vuelo corto, para colocarse en otro lugar no muy alejado. Y así el cazador, siempre burlado, la sigue todo el día sin poderla alcanzar. Sea ésta la explicación verdadera, o bien que la extraordinaria rareza del ave en cuestión la haga muy difícil de cazar, lo cierto es que todos nuestros lexicógrafos del siglo XVII afirman que *andar a caza de gangas* significaba «cansarse inútilmente», «afanarse en vano». El sentido actual de la frase nació, según mis datos, ya muy avanzado el siglo XVIII, por aplicación irónica, a la cual llamaban los antiguos lexicólogos *a contrario sensu*, y la *ganga* pasó a ser, primero en broma y luego en serio, la presa fácil, la ganancia sin coste. Una vez especializada la palabra *ganga* en su nueva acepción, pudo ya desprenderse del modismo de que formaba parte; no necesitaba ir adherida a *caza* ni a *cazar*, sino que decimos *ser una ganga*, o *hallarla*, *encontrarla*, *buscarla* etc., y hasta hemos llegado a olvidar que *ganga* es un ave gallinácea, mientras que los diccionarios del siglo XVII la registran sin excepción en la palabra *caza*.

Asimismo podemos observar otro proceso de potenciación de una palabra a expensas del conjunto idiomático en que vivía, en la frase proverbial: *Una verdad de Pero Grullo, que a la mano cerrada llamaba puño*. El protagonista folklórico de esta breve historieta ha engendrado los derivados *perogrullesco* y *perogrullada*, que al ser mentados por sí solos contienen latente, pero no patente, todo el cuento. Y es posible que andando el tiempo, los hablantes se olviden del protagonista y de su verdad, y sigan usando estas voces, que los filólogos tendrán que explicar; ni más ni menos que hoy tenemos que explicar el *bustilis* de una cuestión, o la *peronia* de los escritores clásicos.

Resulta, por lo tanto, que la economía del modismo es un régimen totalitario, en el cual las palabras componentes no tienen más remedio que desteñirse de su individualidad para servir a los valores colectivos; o bien, si alguna de ellas tiene fuerza para tanto, levantarse con el santo y la limosna, y llevarse por sí sola toda la carga semántica de la frase.

AGUDEZA, MODISMOS Y LUGARES COMUNES

Estos procesos son bien conocidos en Lingüística con el nombre de *lexicalización*, y en los modismos se producen de igual manera que en las palabras compuestas: al hablar de un *manirroto* no necesitamos pensar en los componentes; precisamente al que ha sufrido la fractura de la mano no se nos ocurre calificarlo de *manirroto*. Decimos que una expresión simple o compuesta se lexicaliza, cuando se desprende de la metáfora originaria, adquiere sentido nuevo o unitario, si es compuesta, y se convierte en lugar común: al hablar de la *sierra* (cadena de montañas) no nos acordamos del tropo que partió de la *sierra* del carpintero. La metáfora se ha lexicalizado.

Y esto nos lleva a ocuparnos del lugar común; porque todos los modismos son o pueden ser lugares comunes. Lo que ocurre es que no podemos invertir la proposición y admitir que todos los lugares comunes sean modismos. En un lugar común como *perdersé en la noche de los tiempos*, *cerrar con broche de oro*, *brillar por su ausencia*; la despotenciación no es de las palabras que los componen, sino que es de carácter total: a fuerza de usarse han perdido las metáforas su viveza originaria. Sufren, sobre todo, un desgaste afectivo: cuando alguien dice de nosotros que *hemos cerrado una reunión con broche de oro*, no se lo podemos agradecer, porque la frase desgastada ha brotado como un *cliché* prefabricado, sin tensión creadora, como *bizarro militar* o *el sabio catedrático*. En el modismo, la expresividad de los vocablos se ha subordinado al nuevo significado de la locución. En los lugares comunes es la frase entera la que ha quedado desteñida, aunque las palabras conserven intacto su sentido individual. Los modismos son o han sido lugares comunes (*andar con pies de plomo*, *un quítame allá esas pajas*, *caer una cosa en saco roto*); tan comunes que se han lexicalizado de un modo permanente y figuran en los diccionarios con su significado unitario, ni más ni menos que las palabras aisladas.

Propongámonos ahora un trabalenguas inocente: Cuando una locución se ha lexicalizado, ¿quién la deslexicalizará?... Buenos deslexicalizadores ha habido entre nuestros ingenios, y la agudeza se ha ejercitado en todas las épocas literarias en romper la soldadura de las frases hechas, lugares comunes y modismos. Cervantes, al decir que don Quijote *se pasaba las noches de claro en claro* leyendo libros de caballerías, con la añadidura de *y los días de turbio en turbio*, dio al modismo un realce imprevisto y rejuvenecedor. El estilo barroco supo mucho de estas correlaciones, a las que Gracián incluye entre las «agudezas de artificio verbal por careo», es decir, por cotejo o paralelismo. En su afán de densidad expresiva, el conceptismo tenía que levantarse contra las frases prestigiosas y tradicionales, pero ya desgastadas y sin brillo, acumuladas por la lengua hablada y por el estilo literario del siglo anterior. Gracián

(*Ag.*, discurso III) cita como ejemplo de careo una redondilla que una menina de la reina inventó como pasatiempo palaciego:

*El galán que me quisiere
siempre me ragalará,
porque de él se me dará
lo mismo que se me diere.*

En otro lugar (*Ag.*, disc. XXXIII) menciona este ejemplo de Quevedo:

*Me lloraron sogá a sogá,
con muy grande propiedad;
porque llorar hilo a hilo,
es muy delgado llorar.*

Se trata de frases equívocas en que se ponen frente a frente sus dos significados. Y comenta Gracián que «por muchos equívocos continuados, D. Francisco de Quevedo... fue el primero en este modo de composición». Quevedo se divierte y nos divierte, en efecto, con el juego de colocar una hilera de modismos y lugares comunes, y hacerlos estallar en serie, como una traca valenciana. Y los hace estallar «por conglobación de equívocos exagerados, duplicando la sutileza».

Gracián practica a menudo la agudeza, muy suya, de retorcer la frase hecha para darle un sentido opuesto al tradicional. Por ejemplo, en *El Discreto*: «Cuanto más saben algunos de los otros, de sí saben menos; y el necio más sabe de la casa ajena que de la suya, que ya hasta los refranes andan al revés». Notemos cuán vivo es el contraste entre la estimación admirativa con que Juan de Mal Lara recogía los refranes populares con el título de *Philosophía vulgar*, y la actitud desdeñosa que frente a ellos adopta el conceptismo. El Renacimiento los miró como restos venerables de la sabiduría de la Edad de Oro; el sentido aristocrático de los escritores del siglo XVII los mira de arriba abajo, como lugares comunes que a menudo encierran vulgares necedades indignas de respeto. Por lo menos cabe jugar irrespetuosamente con su ramploná filosofía. Por esto el lenguaje entero, la fraseología y el léxico sufren el ataque del ingenio conceptuoso que, al buscar la novedad hiriente a toda costa, somete el estilo literario a una revisión de valores expresivos.

Otras veces el careo entre dos acepciones equívocas de un modismo se convierte en contraposición burlesca de dos modismos de sentido opuesto, pero muy parecidos en sus palabras y en su estructura gramatical; es una especie de paronomasia fraseológica, que

Gracián elogia como «doble sutileza». He aquí un ejemplo (*Ag.*, discurso XXXIII):

*El marqués y su mujer,
contentos quedan los dos:
ella se fue a ver a Dios,
y a él le vino Dios a ver.*

Veamos ahora algo sobre lo que llamaríamos función social del modismo. Es indudable que al emplear modismos en la conversación parece como si hiciésemos a nuestro interlocutor una confidencia, como si le diésemos participación en algún secreto. Supongamos dos interlocutores a los cuales situaremos en niveles iguales y desiguales según su clase social, cultura, prestigio relativo de cada uno, asunto y circunstancias del diálogo, a fin de comprobar las reacciones que uno y otro experimentan.

Acaba de serme presentada una persona de educación semejante a la mía. Si en nuestra primera conversación esa persona usa con abundancia modismos como *cortar el bacalao*, *tener la sartén por el mango*, *ponerle a uno de chupa de dómine*, *dar coba*, etc., es probable que me parezca que se toma conmigo una confianza excesiva, algo así como si me tutease de buenas a primeras. Si esa persona me es simpática y estoy interesado en el asunto de la conversación, su lenguaje salpicado de modismos me acerca a su amistad, y presiento, empleando otro modismo, que *vamos a hacer buenas migas*.

Ahora estoy hablando con un superior. Me guardaré muy bien de decir *de rositas*, *pagar el pato*, *soltar el trapo*, etc., porque lo tomaría como una falta de respeto semejante al empleo de expresiones de caló, como *apoquionar*, *diñarla* o *canguelo*. En cambio, si él lo hace conmigo me sentiré halagado por la confianza con que me trata. Ya dijo Gracián en *El Discreto* que «el burlarse con otro es tratarle de inferior, y a lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración».

Cambiamo otra vez de escenario. Estoy en una aldea en conversación con un campesino que me tiene por un señor de saber e importancia. Los modismos habituales en el trato de sus convecinos pueden brotar con espontaneidad, y a mí me harán el efecto de expresiones pintorescas llenas de sabor popular. Pero si él advierte que pueden parecerme irrespetuosas, y no sabe sustituirlas por otras, las rodeará de fórmulas eufemísticas que salven la distancia que nos

separa. Dirá, por ejemplo: «Es un hombre que —como dicen— no se cae del burro». El como dicen es una disculpa por el empleo del modismo. «La vida está muy cara, si señor; todos estamos —como decimos aquí— con el agua al cuello». «En la feria, si no anda uno listo, le largan gato por liebre —como dice el dicho». No se trata de atenuar expresiones crudas, como las que exigen el empleo del con perdón. Lo que se quiere es atenuar el mal efecto posible por la confianza excesiva. Si en vez de ser un campesino es un oficinista, usará formas del tipo como dice la gente o como vulgarmente se dice: «Estábamos —como dice la gente— a dos velas»; «Era un hombre tan corto de alcances, que no veía tres en un burro —como vulgarmente se dice». Con esto queda salvada la posible falta de respeto.

El empleo frecuente de modismos supone, pues, un plano de confianza recíproca. En esto, sin embargo, no se diferencian de otras entidades léxicas propias de ambientes determinados, como los cuarteles, la Universidad, la marina o la cárcel, y que usadas fuera de sus circunstancias propias las sentimos como inadecuadas. Pero la circunstancia propia del modismo es la confianza, la coincidencia o aproximación de los interlocutores en un plano mental o afectivo.

En el estilo literario, las «agudezas de artificio verbal por careo», y singularmente «los conceptos por equívoco», son en el sentido de Gracián «poco graves, y así más aptos para sátiras y cosas burlescas, que para lo serio y prudente». Pero el barroco, en su afán de valerse del careo como sutil artificio conceptuoso, no podía detenerse ante los asuntos graves, y el mismo Gracián trae varios ejemplos tomados de los predicadores de su tiempo. Calderón en *La vida es sueño* (jornada I, esc. VI) hace que el rey Basilio, en un parlamento solemne que dirige a la corte de Polonia, hable de los presagios funestos que acompañaron al nacimiento de Segismundo, en estos términos:

*Nació en horóscopo tal,
que el sol, en su sangre tinto,
entraba sañudamente
con la luna el desafío;
y siendo valla la tierra,
los dos faroles divinos
a luz entera luchaban,
ya que no a brazo partido.*

La expresión usual *luchar a brazo partido* adquiere así un realce elegante y novedoso, por lo inesperado de su empleo, no porque el autor quiera demostrarlo festivamente y mostrar su artilugio de lugar común petrificado.

AGUDEZA, MODISMOS Y LUGARES COMUNES

Hemos asistido en lo que va de nuestro siglo XX a una lucha constante contra el lugar común. Es una forma de la *revisión de valores* también estilísticos; que practicó la generación del 98. La exigencia de *sinceridad* y *autenticidad* expresivas, tan en boga en la crítica literaria de comienzos del siglo, nos enseñó a todos a huir de las ideas prefabricadas y de las frases hechas. Recuérdese el sentido con que Baroja empleaba la palabra *retórica* como el más aplastante de los dicterios. Nuestra época es además fuertemente neologista. Nos tomamos muchas libertades con el idioma heredado, y gustamos de las creaciones léxicas atrevidas y expresivas: Gómez de la Serna podría ser citado entre los ejemplos más egregios. Es un aspecto más de nuestra sensibilidad contemporánea revalorizadora del arte barroco, no como postura intelectual, sino por afinidad de espíritu y de gusto. En el terreno de la crítica tuvo su expresión en el centenario de Góngora, y es de desear que el centenario de Gracián que ahora celebramos no se limite a una hueca conmemoración oficial, sino que responda en su esfuerzo interpretativo a la sutil acuidad de ingenio que hubiera deseado el codificador del conceptismo.